

ALBERT PIKE

MORAL Y DOGMA

DEL RITO ESCOCES ANTIGUO Y ACEPTADO



CABALLERO DE LA
SERPIENTE DE BRONCE

PRÍNCIPE DE MERCED

(Grados 25 Y 26)

Traducción de
Alberto Moreno Moreno

masonica.es

EDICIONES DEL

ARTE REAL

MORAL Y DOGMA
del Rito Escocés Antiguo y Aceptado

CABALLERO DE LA SERPIENTE DE BRONCE
PRÍNCIPE DE MERCED

ALBERT PIKE

MORAL Y DOGMA

del Rito Escocés Antiguo y Aceptado

GRADOS VEINTICINCO Y VEINTISÉIS
(CABALLERO DE LA SERPIENTE DE BRONCE
Y PRÍNCIPE DE MERCED)

Traducción:

Alberto R. Moreno Moreno

masonica.es
EDICIONES DEL
ARTE REAL

MORAL Y DOGMA

del Rito Escocés Antiguo y Aceptado

GRADOS VEINTICINCO Y VEINTISÉIS
(CABALLERO DE LA SERPIENTE DE BRONCE
Y PRÍNCIPE DE MERCED)

SERIE AZUL

[TEXTOS HISTÓRICOS Y CLÁSICOS]

masonica.es
EDICIONES DEL
ARTE REAL

PUEDE PEDIR ESTA OBRA EN:
www.masonica.es
O SOLICITARLA DIRECTAMENTE A
pedidos@masonica.es

*Ningún título de **masonica.es**
está descatalogado y todos ellos
se encuentran disponibles tanto en
formato papel como electrónico.*

***Moral y Dogma del Rito Escocés Antiguo y Aceptado
(Caballero de la Serpiente de Bronce y Príncipe de Merced)***

masonica.es®

SERIE AZUL (Textos históricos y clásicos)
www.masonica.es

© 2012 EntreAcacias, S.L. (de la edición)
© 2012 Alberto Moreno Moreno (de la traducción)

EntreAcacias, S.L.
Apdo. de Correos 32
33010 Oviedo
Asturias (España)
Teléfono/fax: (34) 985 79 28 92
info@masonica.es

1ª edición: octubre, 2012

ISBN (edición impresa): 978-84-92984-88-6
ISBN (edición digital): 978-84-92984-89-3
Depósito Legal: AS-02121-2012

Impreso por Publidisa
Impreso en España

Reservados todos los derechos. Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal).

A Leandro Llorente Arias

ALBERTO MORENO MORENO



Albert Pike con la regalía de Soberano Gran Comendador

MORAL Y DOGMA

del

Rito Escocés Antiguo y Aceptado
de la
Francmasonería

GRADOS VEINTICINCO Y VEINTISÉIS

(CABALLERO DE LA SERPIENTE DE BRONCE
Y PRÍNCIPE DE MERCED)

ALBERT PIKE

Publicado en Charleston (EE.UU.) en 1871

Traducido al español
por

Alberto Ramón Moreno Moreno
(Octubre de 2012)

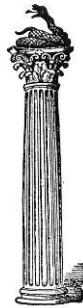
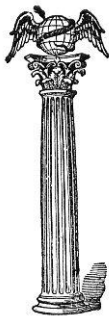


Este volumen contiene los capítulos 25 y 26 de la obra de Albert Pike *Moral y Dogma del Rito Escocés Antiguo y Aceptado*.

Está precedido por *Moral y Dogma del Rito Escocés Antiguo y Aceptado (Grados de Aprendiz, Compañero y Maestro)*, *Moral y Dogma del Rito Escocés Antiguo y Aceptado (Logia de Perfección)*, *Moral y Dogma del Rito Escocés Antiguo y Aceptado (Capítulo Rosacruz)* y *Moral y Dogma del Rito Escocés Antiguo y Aceptado (Príncipe del Tabernáculo)*, publicados por MASONICA.ES® (www.masonica.es).

ÍNDICE

- XXV Caballero de la Serpiente de Bronce, 17
- XXVI Príncipe de Merced, 157
- Instrucción, 171



XXV

CABALLERO DE LA SERPIENTE DE BRONCE

Este grado es tanto simbólico como moral. A la vez que muestra la necesidad de reforma y arrepentimiento como medio para alcanzar la piedad y el perdón, también se adentra en la explicación de los símbolos de la Masonería, especialmente de aquellos relacionados con esa leyenda antigua y universal de la cual la de Khir-Om Abi no es sino una variación. Esa leyenda que, representando un asesinato o una muerte, así como una restauración a la vida, por medio de un drama que en que aparecen Osiris, Isis y Horus, Atis y Cibeles, Adonis y Venus, los Cabiri, Dionisos, y muchos otros representantes de los poderes activos y pasivos de la Naturaleza, mostraba a los Iniciados en los Misterios que el reinado del Mal y la Oscuridad no es sino temporal, mientras que el imperio de la Luz y el Bien será eterno.

Maimónides dice: «En los días de Enoch, hijo de Seth, los hombres incurrieron en errores dolorosos, e incluso el propio Enoch participó de sus caprichos. Su lenguaje era aquel que Dios había dispuesto simbólicamente en los cuerpos celestes, a los cuales Dios

empleaba como Sus Ministros. Resultaba evidente que la voluntad de los astros era recibir de los hombres la misma veneración que los siervos de un gran príncipe exigen de la multitud. Impresionados ante esta idea, los hombres comenzaron a construir templos a las estrellas, a ofrecerles sacrificios y a adorarlas, en la vana esperanza de agradar así al Creador de todas las cosas. Al principio, desde luego, no suponían que las estrellas fuesen las únicas deidades, sino que las adoraban en conjunción con el Señor Dios Omnipotente. Con el paso del tiempo, no obstante, ese Nombre grande y venerable fue totalmente olvidado, y el conjunto de la raza humana no retuvo ninguna otra religión que la del culto idólatra al Cielo».

El primer aprendizaje del mundo consistió esencialmente en símbolos. La sabiduría de caldeos, fenicios, egipcios y judíos; de Zaratustra, Sanchoniaton, Ferécides, Siro, Pitágoras, Sócrates, Platón, de todos los antiguos, que ha llegado hasta nosotros, es simbólica. El uso por parte de los antiguos filósofos, dice Serrano en el Simposio de Platón, era representar la verdad por medio de ciertos símbolos e imágenes ocultas.

«Todo lo que puede decirse referente a los Dioses» — dice Strabón— «debe ser expresado por medio de antiguos dichos y fábulas, pues era costumbre de los antiguos envolver en enigma y alegoría sus pensamientos y discursos referentes a la Naturaleza, siendo por lo tanto difíciles de explicar».

Tal y como has aprendido en el Grado XXIV, Hermano mío, los antiguos filósofos contemplaban el alma del hombre como originaria del cielo. Esto era,

dice Macrobio, una opinión asentada entre todos ellos; y sostenían como única sabiduría verdadera que el alma, mientras pertenece unida al cuerpo, aspira siempre a llegar a su fuente, y lucha por retornar al lugar del que provino. Moraba entre las estrellas fijas hasta que, seducida por el deseo de un cuerpo animado, descendió para ser prisionera de la materia. Desde entonces no tiene otra alternativa que regresar, siendo siempre atraída hacia su lugar de origen y hogar. Mas para retornar los medios deben ser buscados en ella misma. Para retornar a su fuente, debe obrar y sufrir en el cuerpo.

De esta manera, los Misterios enseñaban la gran doctrina de la naturaleza divina del alma y su anhelo de inmortalidad, la nobleza de su origen, la grandeza de su destino y su superioridad sobre los animales, que no albergan aspiraciones celestiales. Si se esforzaron en vano por expresar su *naturaleza*, comparándola con el Fuego y la Luz, si erraron en cuanto a su lugar de residencia original, así como en el modo de su caída, y en el itinerario que, ascendiendo y descendiendo, seguía entre las estrellas y esferas, todo esto no deja de ser accesorio a la Gran Verdad, meras alegorías diseñadas para hacer la idea más impresionante, y al mismo tiempo más tangible para la mente humana.

Para comprender este antiguo pensamiento, sigamos en primer lugar al alma en su descenso: la esfera o Cielo de las estrellas fijas era esa Santa Región, y esos Campos Elíseos, que constituyen el domicilio nativo de las almas, así como el lugar al que reascienden una vez que han recuperado su pureza original y

simplicidad. De esa región luminosa se precipitó el alma cuando realizó su travesía hacia el cuerpo, un destino que no alcanzó hasta haber sufrido tres degradaciones, designadas por el nombre de Muertes, y hasta haber pasado a través de las distintas esferas y elementos. Todas las almas permanecieron en posesión del Cielo y la felicidad mientras fueron lo suficientemente sabias para evitar el contagio del cuerpo y se mantuvieron lejos de cualquier contacto con la materia. Pero aquellas que, desde esa morada sublime y regazo de luz, ansiaron el cuerpo y lo que aquí abajo llamamos *vida*, pero que para el alma no es sino la verdadera *muerte*, y secretamente concibieron ese deseo, esas almas, víctimas de su concupiscencia, fueron atraídas gradualmente hacia las regiones inferiores del mundo por el mero peso del pensamiento y deseo terrenos. El alma, perfectamente incorpórea, no se reviste instantáneamente de la grosera envoltura del cuerpo, sino que lo hace poco a poco, por medio de alteraciones sucesivas e imperceptibles, al tiempo que se desprende proporcionalmente de la sustancia simple y perfecta en que se encuentra inicialmente. Primero se rodea de un cuerpo compuesto de la sustancia de las estrellas, y posteriormente, conforme desciende a través de las distintas esferas, lo hace de una materia etérea progresivamente más basta, descendiendo de esta manera hasta el cuerpo físico, y siendo el número de muertes o degradaciones que sufre el mismo que el de las esferas que atraviesa.

La Galaxia —dice Macrobio— cruza el Zodíaco en dos puntos opuestos, Cáncer y Capricornio, los trópicos del Sol en su movimiento, de ordinario denomi-

nados las Puertas del Sol. Estos dos trópicos, antes de Macrobio, se correspondían con estas constelaciones, pero en sus días se correspondían con Géminis y Sagitario, y en consecuencia con la precesión de los equinoccios. Pero los signos del Zodíaco permanecieron inalterados, y la Vía Láctea cruzaba en los *signos* de Cáncer y Capricornio, mas no en esas *constelaciones*.

A través de esas puertas las almas se suponía que descendían a la Tierra, para a continuación reascender al Cielo. Una —dice Macrobio, en su *Sueño de Escipión*— era denominada la Puerta de los Hombres, y la otra la Puerta de los Dioses. Cáncer era la primera, pues por ella descendían las almas a la Tierra; y Capricornio la segunda, porque por ella ascendían a sus estados de inmortalidad y se convertían en dioses. Desde la Vía Láctea, según Pitágoras, se separaba la ruta a los dominios de Plutón. Hasta que las almas abandonaban la Galaxia no se consideraba que habían comenzado su descenso hacia los cuerpos terrestres. De ella partían y a ella retornaban. Hasta que alcanzaban el signo de Cáncer no la habían abandonado, y permanecían siendo dioses. Una vez que alcanzaban Leo, comenzaban el aprendizaje para su condición futura; y cuando se encontraban en Acuario, el signo opuesto a Leo, abandonaban la vida humana.

El alma, descendiendo desde los límites celestiales, donde el Zodíaco y la Galaxia se unen, pierde su forma esférica, que es la forma de toda naturaleza divina, y se alarga formando un cono, de la misma manera que un punto se alarga en una línea. Y así, lo que antes era una mónada indivisible, se divide convir-

tiéndose en un ser muerto —es decir, la Unidad se transforma en división, disturbio y conflicto—. Entonces comienza a experimentar el desorden que reina en la materia, a la que se une, resultando en cierta manera intoxicada por los tragos de materia bruta. Las almas se reúnen, dice Platón, en los campos del olvido, para beber el agua del Río Ameles, que causa que los hombres lo olviden todo. Esta ficción también aparece en Virgilio. «Si las almas» —dice Macrobio— «llevasen con ellas a los cuerpos que ocupan todo el conocimiento adquirido acerca de las cosas divinas durante su estancia en los Cielos, las opiniones de los hombres no se diferencian de las de la Deidad. Pero algunos olvidan más, y otros menos, de lo que habían aprendido».

Nos sonreímos ante estas nociones de los antiguos; pero debemos ser capaces de mirar a través de estas imágenes materiales y alegorías para llegar a las ideas que se esfuerzan por ser expresadas y a los grandes pensamientos que encierran pero que no han sido pronunciados. Y mejor haríamos en plantearnos si acaso nosotros hemos logrado encontrar una forma mejor de representar el origen del alma y su advenimiento a este cuerpo, que tan extraño resulta; y si alguna vez hemos reflexionado sobre este tema, o no hemos cesado de pensar, viéndonos abocados a la desesperación.

La más sublime y pura porción de materia, que alimenta y constituye la naturaleza divina, es la que los poetas denominaron *néctar*, la bebida de los Dioses. La porción más baja, turbada y grosera, es la que intoxica el alma. Los antiguos lo simbolizaron como la

Llanura de Lete, oscuro cauce del olvido. ¿Cómo explicamos la amnesia del alma de su pasado, o reconciliamos esa absoluta ausencia de recuerdos de su condición previa con su esencial inmortalidad? La verdad es que nosotros, por regla general, tememos y nos mostramos timoratos ante la posibilidad de ofrecernos una explicación a nosotros mismos.

Arrastrada por la pesadez producida por el sorbo embriagador, el alma cae a lo largo del Zodíaco y la Vía Láctea hacia las esferas inferiores, adoptando en su descenso, conforme atraviesa cada esfera, no solo un nuevo revestimiento del material que compone los cuerpos luminosos de los planetas, sino que también recibe las distintas facultades que ejercerá mientras habite en el cuerpo.

En Saturno adquiere el poder de razonar, así como la inteligencia, o lo que es denominado como facultad lógica y contemplativa. De Júpiter recibe el poder de acción. Marte le otorga valor, ímpetu y capacidad de obrar. Del Sol recibe los sentidos y la imaginación, que producen sensaciones, percepciones y pensamiento. Venus le inspira con deseos. Mercurio le aporta la facultad de expresarse y enunciar lo que piensa y siente. Y, al adentrarse en la esfera de la Luna, adquiere la fuerza de generación y crecimiento. Esta esfera lunar, la más baja y peor de los cuerpos divinos, es la primera y más elevada para los cuerpos terrestres. Y el cuerpo lunar asumido por el alma mientras, por así decirlo, se sedimenta la materia celestial, es también la sustancia primera de la materia animal.

Los cuerpos celestiales, el Cielo, las Estrellas y otros elementos divinos, siempre tienden a elevarse.

El alma que alcanza la región donde habita la muerte tiende hacia los cuerpos terrestres, y se considera que muere. «Que nadie» —dice Macrobio— «se sorprenda de que hablemos con tanta frecuencia de la *muerte* de esta alma, que sin embargo denominamos inmortal». No es aniquilada ni destruida por tal muerte, sino únicamente debilitada por un tiempo; y por lo tanto no se ve despojada de su prerrogativa de inmortalidad, dado que posteriormente, liberada del cuerpo, cuando ha sido purificada de las máculas de vicio adquiridas durante esa unión, queda restablecida en todos sus privilegios, retornando a la luminosa morada de su inmortalidad.

En su regreso, reintegra a cada esfera por la que asciende las pasiones y facultades terrenales recibidas de ellas: a la Luna, la facultad de aumentar y disminuir el cuerpo; a Mercurio, el fraude, artífice de males; a Venus, la seducción del placer; al Sol, la pasión por la grandeza e imperio; a Marte, la audacia y la temeridad; a Júpiter, la avaricia; y a Saturno, la falsedad y el engaño. Y finalmente, aliviada y liberada de todo, penetra desnuda y pura en la octava esfera o Cielo más elevado. Todo ello concuerda con la doctrina de Platón de que el alma no puede volver a entrar al Cielo hasta que las revoluciones del Universo la hayan restaurado a su condición primigenia, purificándola de los efectos de su contacto con los cuatro elementos.

Esta opinión de la preexistencia de las almas como sustancias puras y celestiales antes de su unión con nuestros cuerpos, a los que se acopla y anima una vez que han descendido del Cielo, goza de una gran anti-

güedad. Un rabino contemporáneo, Manasés Ben Israel, afirma que siempre fue creencia de los hebreos. Y también lo era de la mayoría de los pensadores que admitían la inmortalidad del alma, por lo que fue enseñada en los Misterios. Pues, como dice Lanctancio, no concebían que fuese posible que el alma existiese *después* del cuerpo si no había existido *antes*, y si su naturaleza no era independiente de la del cuerpo. La misma doctrina fue adoptada por los más conspicuos Padres Griegos, así como por muchos de los Padres Latinos. Y sería la predominante hoy en día si los hombres se ocupasen en discurrir sobre este tema, preguntándose si la inmortalidad del alma implica su existencia previa.

Algunos filósofos sostenían que el alma era encarcelada en el cuerpo como forma de castigo por los pecados cometidos en un estado previo. Cómo conciliaban esto con la propia inconsciencia del alma respecto a cualquier etapa anterior, no lo sabemos. Otros afirman que Dios, por su propia voluntad, enviaba el alma a habitar el cuerpo. Los cabalistas unificaron ambas opiniones. Establecieron que había cuatro mundos, *Aziluth*, *Briarth*, *Jezirath* y *Aziath*; el mundo de la *emanación*, el de la *creación*, el de las *formas* y el del mundo *material*. Cada uno se haya sobre el otro, siguiendo ese orden, y siendo más perfectos tanto en lo concerniente a su naturaleza como a los seres que los habitan. Todas las almas se encuentran originalmente el mundo *Aziluth*, el Cielo Supremo, morada de Dios y de los espíritus puros e inmortales. Aquellos que descienden de de él sin culpa propia, sino por orden de Dios, son dotados de un fuego divino que les

preserva del contagio de la materia y les devuelve al Cielo tan pronto como su misión ha terminado. Aquellos que descienden por su propia culpa erran de mundo en mundo, perdiendo insensiblemente su amor por las cosas divinas y su propia autocontemplación, hasta que alcanzan el mundo *Aziath*, cayendo por su propio peso. Esta es una doctrina puramente platónica, revestida de imágenes y términos propios de los cabalistas. Era la doctrina de los esenios, quienes, según Porfirio, «creen que las almas descienden del éter más sutil, atraídas hacia los cuerpos por las seducciones de la materia». Esto era sustancialmente la doctrina de Orígenes, que provenía de los caldeos, los cuales habían estudiado durante largo tiempo la teoría de los Cielos, las esferas, así como la influencia de los signos y las constelaciones.

Los gnósticos hacían a las almas ascender y descender a través de ocho cielos. En cada uno de ellos se hallaban ciertas Potestades que se oponían a su regreso, y a menudo las devolvían a la Tierra, cuando no se encontraban lo suficientemente purificadas. La última de estas Potestades, la más cercana a la luminosa morada de las almas, era una serpiente o un dragón.

En la antigua doctrina, ciertos Genios estaban encargados de conducir las almas a los cuerpos destinados a acogerlos, así como de retirarlas de los mismos. Según Plutarco, estas eran las funciones de Proserpina y Mercurio. En Platón, un genio familiar acompaña al hombre en su nacimiento, le sigue y le observa durante toda su vida, y en la hora de su muerte le conduce al tribunal del Gran Juez. Estos genios son el medio de comunicación entre el hombre y los Dioses; y el

alma siempre se haya su presencia. Esta era la doctrina enseñada en los oráculos de Zaratustra, y estos genios eran las Inteligencias que residían en los planetas.

De este modo la ciencia secreta y los misteriosos emblemas de la Iniciación fueron conectados con los Cielos, las Esferas y las Constelaciones; y esta conexión debe ser estudiada por todo aquel que desee comprender el pensamiento antiguo e interpretar las alegorías, así como explorar el significado de los símbolos, con que los que los antiguos sabios intentaron plasmar las ideas que en su interior pedían ser expresadas, pero para las que el lenguaje resultaba inadecuado, pues las palabras son imágenes únicamente de las cosas que pueden ser percibidas y se hallan en el dominio de los sentidos.

No es posible para nosotros concebir plenamente los sentimientos con que los antiguos contemplaban los cuerpos celestiales, ni las ideas que se desprendieron de su observación de los Cielos, dado que no podemos ponernos en su lugar y mirar a las estrellas con sus ojos en el amanecer de los tiempos, renunciando al conocimiento que incluso el más ignorante de nosotros posee y que nos hace contemplar las estrellas y planetas, así como todo el universo de soles y mundos, como una mera máquina inanimada de orbes agregados y sin sentido, no más sorprendentes, salvo por el tamaño, que un reloj o un planetario de sobremesa. Nos maravillamos y nos asombramos ante el Poder y la Sabiduría del Hacedor, lo que para la mayoría de los primeros hombres implicaba una especie de infinita *Ingenuidad*: se maravillan ante la Obra, y

la dotaba de vida, fuerza, misteriosos poderes y vigorosas influencias.

Menfis, en Egipto, se hallaba en la latitud $29^{\circ} 5''$ Norte, y en la longitud $30^{\circ} 18'$ Este. Tebas, en el Alto Egipto, se encontraba en la latitud $25^{\circ} 45'$ Norte y la longitud $32^{\circ} 43'$ Este. Babilonia se ubicaba en la latitud $32^{\circ} 30'$ Norte y la longitud $44^{\circ} 23'$ Este, mientras que Saba, la antigua capital sabea de Etiopía, se encontraba aproximadamente en la latitud 15° Norte. A través de Egipto discurría el gran Río Nilo, que brota más allá de Etiopía, hallándose su nacimiento en regiones desconocidas por completo, en las moradas del calor y el fuego, y discurriendo de Sur a Norte. Sus inundaciones habían formado las tierras aluviales del Alto y el Bajo Egipto, que continuaron elevándose cada vez más, siendo fertilizadas por los depósitos de limo. Al principio, como en todas las naciones recién asentadas, tales inundaciones, que acontecían anualmente y siempre en el mismo período del año, eran calamidades; hasta que por medio de diques, canales de drenaje y estanques artificiales para el riego se tornaron bendiciones, siendo aguardados con alegre anticipación de la misma manera que antes habían sido esperados con terror. Sobre el limo depositado sobre el Río Sagrado, una vez que este retrocedía a sus bancos, el esposo enterraba la semilla, y el rico suelo y el sol benéfico le aseguraban una abundante cosecha.

Babilonia depende del Eúfrates, que discurre del Noroeste al Sureste, bendiciendo, como hacen todos los ríos orientales, el árido país por el que transcurre; sin embargo, sus rápidas e inciertas crecidas traían el terror y el desastre.

Para los antiguos, que todavía no habían sido capaces de inventar instrumentos astronómicos y contemplaban el cielo con ojos de niño, esta Tierra era una plataforma plana de dimensión desconocida. Especulaban sobre ello, pero no sabían nada a ciencia cierta. Los accidentes de su superficie eran las irregularidades de un plano. Desconocían que era una esfera, o lo que se encontraba bajo su superficie, o sobre qué reposaba. Cada veinticuatro horas el Sol se elevaba más allá del borde oriental del mundo, viajaba a través de los cielos, sobre la Tierra, siempre por el Sur, aunque a veces más cerca y otras más alejado del punto que había sobre sus cabezas, para sumergirse bajo el límite Occidental del mundo. Y con él se iba la luz, a la que seguía la oscuridad.

Y cada veinticuatro horas aparecía en los Cielos otro cuerpo, visible principalmente de noche, pero en ocasiones incluso cuando el Sol brillaba, como si lo siguiese a cierta distancia, unas veces mayor y otra menor, en su itinerario por el Cielo; en ocasiones como un fino creciente que aumentaba progresivamente hasta convertirse en una esfera resplandeciente de luz plateada, a veces más y a veces menos al Sur del punto que había sobre sus cabezas, dentro de los mismos límites del Sol.

El hombre, envuelto por la espesa oscuridad de la noche más cerrada, cuando todo parece haber desaparecido a su alrededor y se encuentra en la más absoluta soledad, rodeado nada más que por negras sombras, siente que su existencia es poco menos que nada, y únicamente el recuerdo de la gloria y esplendor de la luz le desmiente esta idea. Todo está muerto para él,